

BREVE HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA DEL ANTIGUO EGIPTO

Clara Ramos Bullón



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la vida cotidiana del antiguo Egipto*

Autor: © Clara Ramos Bullón

Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: *Nebamun hunting birds, Thebes, Egypt, 1350 BC*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-925-9

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-926-6

ISBN edición digital: 978-84-9967-927-3

Fecha de edición: marzo 2018

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-3205-2018

A Guillermo y a Sergio

Índice

Introducción	13
Parte I. La estación luminosa de <i>ajet</i>	
Capítulo 1. La salida de la estrella Sothis	23
Mineros y canteros	25
Canteros de tumbas	32
Pintores	34
Escultores y albañiles	43
Funcionarios	47
Escribas	47
La medicina en el antiguo Egipto	53
Capítulo 2. Wag o la festividad de los muertos	59
Momificación	61
Funeral	70

Viaje al mas allá	78
Tipos de enterramientos en el antiguo Egipto	83
Capítulo 3. La ceremonia de elevar el pilar de djed	103
Ciudad orgánica versus ciudad <i>ex novo</i>	105
Dentro y fuera de la ciudad	110
Ciudades egipcias	115
Ciudades de artesanos	115
Tebas	117
Tell el-Amarna	120
Alejandría	124
Parte II. La estación naciente de <i>peret</i>	
Capítulo 4. Rannut y el principio de la siembra	133
Agricultura	135
Pesca y caza	148
Ganadería y apicultura	152
Capítulo 5. Festividad y procesión de Neit	157
Indumentaria y complementos	159
Vestimenta femenina	163
Vestimenta masculina	167
Joyería	169
Cosmética	174
Capítulo 6. Heb Sed	183
El faraón y su familia	185
Aristócratas	194
Siervos de los dioses	200
El estamento militar	204
El escalafón inferior	212

Parte III. La estación de la abundante *shemu*

Capítulo 7. Fiesta de la salida del dios Min	223
Pan, cerveza y dulces	226
Verduras, frutas y legumbres	232
Carne roja y carne blanca	235
Condimentos, bebidas y conservas	237
Cocina y hábitos y diversión en torno a la mesa	242
Capítulo 8. La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor	247
Matrimonio y divorcio	248
Sexualidad	254
Descendencia	257
Vejez	263
Roles en el hogar	265
Compañeros caseros	267
Capítulo 9. <i>Heru-renpet</i> : el nacimiento de los dioses	271
Dioses egipcios	272
Divinidades principales	277
Cosmogonía egipcia	283
El mundo creado por Atum, según la teología helipolitana	287
El origen del mundo según los sacerdotes de Hermópolis	288
El génesis menfita: el dios Ptah como creador del mundo	291
La cosmogonía tebana	291
El mito de la vaca celeste	293
Templo egipcio	294
La construcción del templo egipcio	299

Bibliografía	309
Libros	309
Artículos, capítulos de libros y actas de congresos	313

Introducción

Sobre la historia de Egipto han corrido ríos de tinta. La conservación de ingentes cantidades de restos materiales, gracias al clima seco de la zona, ha propiciado desde antiguo un interés continuado por esta civilización. Es más, el pueblo egipcio estaba muy preocupado por registrar muchos de los aspectos de su vida cotidiana que han quedado reflejados, entre otros sitios, en las tumbas de los altos funcionarios de los faraones o de los artesanos de la ciudad de Deir el-Medina, que no solo hablan de su oficio, sino que aportan numerosos datos secundarios de gran valor documental para el investigador y para todo aquel que esté deseoso de iniciarse o ampliar su conocimiento sobre esta civilización.

La documentación utilizada para este libro es de índole muy variada ya sean las fuentes literarias dentro



Ribera del río Nilo.

de la papirología, la información de restos arqueológicos que abarcan desde ajuares de tumbas hasta edificios monumentales. Además, la autora se ha apoyado en manuales, capítulos de libros y artículos de revistas de los más prestigiosos egiptólogos e investigadores, entre los que nombro al doctor José Miguel Parra Ortiz, cuya cronología de las dinastías y los reinados de los monarcas ha sido utilizada para este libro.

La obra se ha estructurado, y esto es lo que puede llamar la atención al lector, siguiendo la ordenación del calendario civil egipcio de 365 días, que se remonta a la época de los primeros faraones y no se reformó en aproximadamente 2500 años. Se dividía en tres estaciones, de ahí que el libro tenga tres grandes apartados.

Cada una de ellas estaba dividida en cuatro meses los cuales, desde el Reino Nuevo, tenían nombre propio —algunos de ellos con nombre de dioses—, y estaban divididos en tres semanas y en treinta días cada uno. Se tiene constancia de que este calendario tenía un desfase temporal, ya que su referencia era la salida de la estrella del Sirio —la más brillante de la constelación del Canis Maior— que seguía el calendario solar de 365,2564 días. Así pues, en el calendario civil el Sirio iría apareciendo cada vez más tarde, aparentemente, y las estaciones fueron desplazándose de su fecha original. Los astrónomos egipcios eran conscientes de este desfase, pero no se tiene ninguna referencia sobre su modificación hasta el año 238 a. C. por el *Decreto de Canopus*, ya en época del reinado de Ptolomeo III y consistió en añadir un día más cada cuatro años. Este calendario será sustituido por el llamado alejandrino en el año 46 a. C. por orden de Julio César, que se utilizará en Europa hasta la reforma gregoriana del papa Gregorio XIII en 1582.

La primera estación se llamaba *ajet* (3ḥt), la inundación, que abarcaba el período de verano a otoño. En ella, el Nilo se desbordaba irrigando los campos y llenando los canales de los regadíos, esenciales para una buena cosecha. La segunda estación de *peret* (*pṛt*), la siembra, comenzaba en invierno y culminaba a comienzos de la primavera con el retroceso de las aguas nilóticas, momento en el que los campesinos sembraban los campos. Por último, la estación de *shemu* (*šmw*), cosecha o sequía, comprendía el período que va desde la primavera hasta principios del verano, momento en el que los agricultores recolectaban las mieses y los frutos. Sin embargo, en algunas ocasiones y por diferentes avatares el montante del alimento agrario no era suficiente para sustentar a la población,

por la que se sucedían las temidas y recurrentes hambrunas.

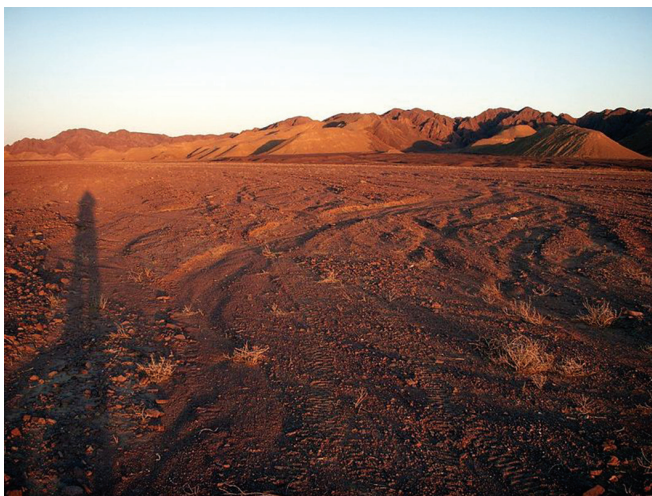
Calendario Civil Egipcio		
Nombre de la estación	Nombre del mes	Fecha
Primero de <i>ajet</i>	Toth	De verano a otoño
Segundo de <i>ajet</i>	Paophi	
Tercero de <i>ajet</i>	Hathyr	
Cuarto de <i>ajet</i>	Choiak	
Primero de <i>peret</i>	Tybi	De invierno a inicios de primavera
Segundo de <i>peret</i>	Mecheir	
Tercero de <i>peret</i>	Phamenoth	
Cuarto de <i>peret</i>	Pharmouthi	
Primero de <i>shemu</i>	Pachons	De primavera hasta principios de verano
Segundo de <i>shemu</i>	Payni	
Tercero de <i>shemu</i>	Epeiph	
Cuarto de <i>shemu</i>	Mesore	
5 días epagómenos o Heru-renpet: nacimiento de Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis		

Por otro lado, los días del calendario civil podían ser fastos o nefastos, propicios o desfavorables, para realizar o abstenerse de determinadas actividades. Los días estaban relacionados con festividades que podían

ser de carácter estatal como el Heb Sed —ceremonia en la que se celebraba la renovación de la fuerza física y la energía sobrenatural del faraón— o la fiesta de Opet en la que se conmemoraba los estrechos lazos entre el dios Amón-Ra y el monarca. La autora se ha servido de las festividades y los días señalados en el calendario para dar nombre a los títulos de los nueve capítulos de este libro divididos en tres grandes apartados. El primero de ellos —La estación luminosa de *ajet*— está constituido a su vez por tres capítulos: La salida de la estrella Sothis, que marca el comienzo del año, en el que se explicará una selección de los oficios egipcios. El segundo, Wag: la gran festividad de los muertos, en el que se tratará el mundo de ultratumba, el proceso de momificación y el más allá. El tercer capítulo, por último, denominado La ceremonia de elevar el pilar de djed, versará sobre la ciudad y el urbanismo.

El segundo gran apartado —La estación naciente de *peret*— también está dividido en tres capítulos. El primero de ellos, Rannut y el principio de la siembra, se dedica al mundo agropecuario. El segundo está dedicado a la moda y a la estética, por lo que se titula Festividad y procesión de Neit, en honor a la diosa de los tejidos. Por último, se ha elegido la fiesta de Heb Sed para tratar las estructuras sociales del valle del Nilo.

El libro se cierra con La estación de la abundante *shemu*, que se divide en tres capítulos. El primero, o La fiesta de la salida del dios Min, describirá la alimentación. En el siguiente, La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor, tratará del matrimonio y la familia. Un último capítulo, Heru-renpet: el nacimiento de los dioses, es una especie de coda ya que no pertenece a la estación de *shemu*, pero que es imprescindible para tener una visión más completa de esta civilización. El tiempo que sumaban las tres



El desierto oriental de Egipto con su característica tierra roja.

estaciones era de 360 días, por lo que al calendario se le añadían cinco días más denominados epagómenos o Heru-renpet, que significa ‘los que están por encima del año’, ya que era el período del nacimiento de cinco de los grandes dioses: Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis. Estos cinco días no pertenecían a ninguna estación ni mes. Su espacio temporal es el título del último capítulo dedicado al panteón y la religión egipcia.

La estación luminosa de *ajet*

La estación *ajet*, ‘inundación’, estaba organizada en cuatro meses y cada uno de ellos dividido en tres semanas de diez días tal y como estaba estructurado del calendario civil. Durante el Reino Nuevo, como ya se ha dicho, algunos meses del año adoptaron el nombre de dioses.

Los meses del año de *ajet* se llamaban *thot*, *paophi*, *hathyr* y *choiack* y abarcaban un período que iba desde el verano hasta el otoño. Este era el momento en el que el Nilo se desbordaba llenando los canales de regadío e inundando los campos de cultivo. El agua esperada por los agricultores irrigaba y fertilizaba la tierra con un sustrato muy rico esencial para la cosecha. No obstante, si el Nilo se desbordaba en demasía, podía llegar a inundar los núcleos de población. Por el contrario, cuando el agua era escasa las cosechas eran

pobres y, consecuentemente no se podía alimentar a la población.

En este apartado se desarrollarán los siguientes aspectos:

La salida de la estrella Sothis, en el que se ha elegido una serie de los oficios más relevantes del antiguo Egipto.

Wag o la festividad de los muertos, donde se tratará la muerte, el proceso de momificación y el viaje al más allá.

La ceremonia de elevar el pilar de djed, que versará sobre la ciudad y el urbanismo egipcio.

1

La salida de la estrella Sothis

La fiesta de la salida de Sirio era una de las festividades más importantes del antiguo Egipto, ya que conmemoraba el comienzo del año nuevo que coincidía con la llegada de las inundaciones. La festividad no se celebraba en un día concreto: las deficiencias del calendario civil egipcio impedía la fijación del mismo. El Sirio o Sothis, que para los egipcios era conocido como Sepedet, se halla en la constelación del hemisferio celeste sur Canis Maior, la estrella más rutilante de todo el cielo nocturno que se puede avistar desde la tierra. Además, aquellos habían deificado este astro y lo identificaban con la diosa Sopdet, que estaba representada como una mujer, cuyos atributos iconográficos eran tan característicos como una estrella de cinco puntas sobre la cabeza o adornos con dos cuernos o dos plumas. Asimismo, esta divinidad puede estar



La diosa Sopdet representada en la Tumba KV17 del faraón Seti I (-1290- 1279 a. C.) en el Valle de los Reyes, Tebas.

La estrella de cinco puntas sobre la cabeza es el atributo iconográfico característico de esta divinidad.

representada como un perro, símbolo de la constelación del Canis Maior. Así pues, el comienzo del año traía para los habitantes de esta civilización un nuevo período de trabajo y el desarrollo de los oficios.

El objetivo de este capítulo no es el de enumerar y explicar la totalidad de los variadísimos oficios que

existían en Egipto, pues rebasaría el interés de esta publicación. No obstante, su prolijo número estaba intrínsecamente relacionado con el alto grado de civilización de esta cultura y con la necesidad vital y social de sus habitantes.

En la gran variedad de trabajos había una distinción entre aquellas profesiones que requerían de la fuerza física —en las que se pueden incluir algunas de las artesanías—, mucho más denostadas, y los oficios que exigían una formación intelectual, cuyo paradigma más relevante fue el escriba, muy apreciado socialmente. Esta valoración entre oficios, paragonándolos, está muy bien explicada en uno de los textos más importantes sobre este asunto: las *Máximas de Duat-Khety* o más conocidas como las *Sátiras de los Oficios*, datadas entre finales del Primer Período Intermedio (~2125-1975 a. C.) y el Reino Medio (~1975-1640 a. C.). El texto concentra sus alabanzas en el escriba: «Quisiera conseguir que tú ames los libros más que a tu madre; pondré su belleza ante tus ojos. Ser escriba es la mayor de todas las profesiones, no hay nada comparable en el país». En este documento, se pone de manifiesto que cuanto más destacaba un individuo en el escalafón social, menos trabajo físico realizaba en sus tareas diarias.

MINEROS Y CANTEROS

En el primer grupo, se reúnen los oficios que necesitaban de la fuerza bruta para realizarlos como son la minería y la cantería. El trabajo de los mineros era una labor dura y extenuante, en la que se utilizaban herramientas de madera, dolerita (granito negro) y cobre. Por esta razón, era un trabajo en el que el grueso

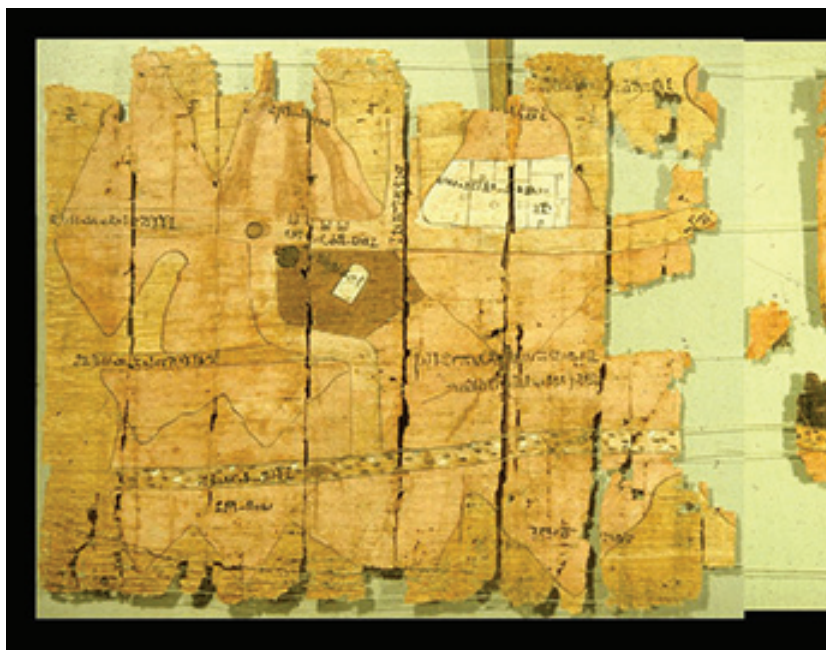
de sus operarios lo integraban prisioneros y criminales, aunque también lo constituían hombres libres. Además, todos ellos estaban fuertemente vigilados por los encargados de la mina.

La extracción de metal por antonomasia en Egipto fue la del oro, conocida en detalle gracias al historiador griego Diodoro Sículo (siglo I a. C.), que en su obra *Biblioteca Histórica* recoge el relato, no conservado, sobre las minas de Egipto, del también historiador griego Agatárquides de Cnido, que fue contemporáneo del rey Ptolomeo VI Filometor ('el que ama a su madre'). El método de extracción del oro consistía en calentar la roca con la intención de quebrarla para después, con la ayuda de una cuña de metal, golpear el filón aurífero. De esta manera, se desprendía el cuarzo que contenía el oro que después era lavado y triturado sobre una plancha de piedra por unas bolas del mismo material, hasta que se separaba el polvo del metal noble. Finalmente, estas partículas doradas eran tratadas químicamente para conseguir oro de gran pureza. Asimismo, se tiene constancia de que el oro utilizado para el diseño de joyería egipcia, era mezclado con otros metales como el cobre y la plata. Esta provenía del Próximo Oriente y a partir del siglo VII a. C. de la península ibérica gracias a comerciantes fenicios. Sin embargo, este método de extracción implicaba que se desarrollara en minas subterráneas durante el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). No obstante, tanto en el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.) como en el Medio, los mineros obtenían el oro de minas a cielo abierto, como las laderas de montañas o los cauces de ríos secos.

El oro se conseguía tanto dentro como fuera de las fronteras egipcias. Las minas auríferas más importantes de Egipto se situaban tanto al sur de la ciudad

de Coptos (conocida por los antiguos egipcios como Gebtu), como al norte de Tebas en Wadi Hammamat, de la que conocemos su topografía gracias al *Papiro de las minas* realizado en tiempos del faraón Ramsés IV (~1156-1150 a. C.). Otro yacimiento de oro explotado más al sur, se ubicaba en las cercanías de la ciudad de Kom Ombo, en la que se decidió levantar, en época ptolemaica, un templo dedicado a los dioses Sobek (divinidad con cabeza de cocodrilo asociada al Nilo) y Haroeris (una variante del dios Horus como Horus el Viejo u Horus el Grande). No obstante, fue Nubia —territorio que se extendía desde los límites meridionales del actual Egipto hasta la zona septentrional de Sudán—, la región más cercana al reino egipcio con más reservas auríferas, de ahí que su topónimo pueda traducirse como ‘oro’. En el Reino Antiguo, se conocían depósitos de este metal noble en la Baja Nubia, cuyo territorio fue progresivamente anexionado a Egipto desde el Reino Medio. Asimismo, en el Reino Nuevo gracias a las expediciones egipcias en busca de oro, se descubrió que la Alta Nubia, es decir el Reino de Kush, también poseía grandes depósitos de este metal.

En cuanto a la explotación del cobre, las minas más productivas para obtenerlo se localizaban en el Valle de Timna, situado en el desierto del Negev, que fue sobreexplotado en las dinastías XIX (~1292-1190 a. C.) y XX (~1190-1075 a. C.). Otros importantes yacimientos de cobre se ubicaban en Tura, Asuán y Wadi Hammamat, donde también se adquiriría la turquesa. De igual manera, la malaquita, tan apreciada por esta cultura —pues la utilizaban tanto para la joyería como para la cosmética— se extraía de las minas de Maadi, al sur del actual Cairo.



El día a día en una cantera era un trabajo agotador que se ejercía tanto por hombres libres como por prisioneros de guerra y condenados que pagaban de esta manera sus sanciones. No obstante, todo cantero trabajaba al servicio del faraón. Hay que destacar, que la gran mayoría de las canteras que se explotaban en Egipto estaban situadas próximas al río, razón por la cual la mayoría de las grandes obras arquitectónicas se situaron cerca del mismo. El Nilo, además, era la principal vía de transporte de piedra, así como de otros productos demandados por sus habitantes.



Papiro de las minas representa la zona minera de Wadi Hammamat (norte de Tebas), datado en tiempos del faraón Ramsés IV (~1156-1150 a. C.). Museo Egipcio de Turín.

La gran demanda de piedra caliza, arenisca y granito, así como de basalto, dolerita y grey, o grauwaca, fomentaba las expediciones tanto fuera como dentro de Egipto. Siempre eran ordenadas por los faraones, como la que envió Ramsés IV y que ha quedado anotada y conservada en el *Papiro de las minas*. La caliza fue la más utilizada por su naturaleza blanda porque facilitaba la extracción y el esculpido de la misma. Se localizaba en dos canteras, la de Tura,

cerca de Menfis, y la de Iunit, en la actual Esna, ciudad al sur de Tebas. La arenisca se adquiría sobre todo en la cantera de Silsila, cerca de Asuán y en la de Gebel al-Ahmar ('montaña roja') próxima al Cairo, donde además de obtener esta roca sedimentaria, también se extraía la cuarcita. De igual manera, las piedras duras como el granito gris, negro y rosa, se extraían de la cantera de Asuán, así como el basalto que se adquiría al norte de Egipto en la de Gebel al-Qatranim en El Fayum, muy utilizada en el Reino Antiguo. La grauvaca se conseguía en la cantera situada al este de Karnak y Luxor. Asimismo, otras piedras demandadas por la élite egipcia, como el alabastro y la diorita, se extraían de la cantera de Hat-nub, cerca de Amarna.

El método de extracción de las canteras dependía de la calidad de la piedra. En la cantera de Tura se sabe que los trabajadores sacaban bloques de piedra por medio de túneles. Este sistema de extracción consistía en que el picapedrero abría un hueco en la pared de la roca, lo bastante grande para que cupiera un hombre y con un cincel de cobre —que a partir de finales del Reino Antiguo se fabricaban de bronce, mucho más resistente— y una maza de madera que delimitaba el bloque. Los cinceles eran proporcionados por el faraón y cuando estaban desgastados se recogían para ser refundidos. Así pues, el sillar quedaba suelto por tres de sus lados menos por la base en la que se horadaban varios agujeros, por los que se introducían unas cuñas de madera humedecidas, de tal manera que la madera al hincharse desprendía el bloque de la roca. Este último paso era el más delicado, porque el bloque de piedra podía resquebrajarse por un lugar indebido y quedaba inservible para la finalidad a la que había sido creado. Tras esta operación, el bloque ya suelto, se extraía con unas palancas.